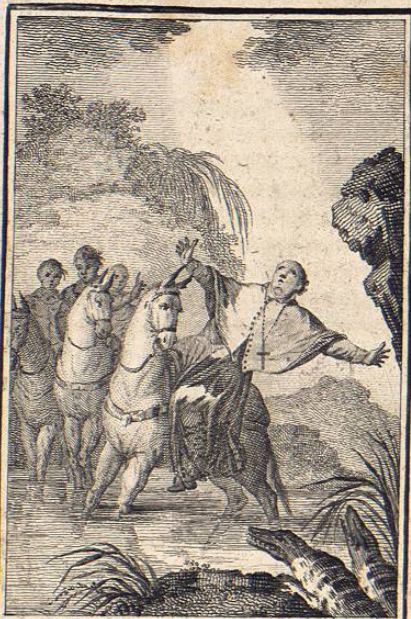


Finalmente oprimido de una grave enfermedad, conociendo se acercaba la hora de su muerte, la que predijo con espíritu profético, despues que recibió con su acostumbrado fervor los últimos Sacramentos, cantando aquel verso de David: *Vuelvete, alma mia, á tu descanso, porque el Señor lo ha hecho bien contigo*: repitiendo otro del mismo profeta: *Yo agradaré al Señor en la region de los vivos*, entregó su espíritu en manos del Criador en el dia 27 de abril, dignándose el Señor desde luego acreditar la gloria de su siervo con siete milagros de prodigiosas curaciones de tres hombres y cuatro mujeres antes que se diese sepultura á su venerable cuerpo.

No nos dicen los escritores el año puntual de su preciosa muerte; pero si atendemos á la referencia de los monumentos auténticos que señalan el suceso prodigioso de la horca en el de 1266, y que despues de este sobrevivió diez y ocho años, debemos computar el de su tránsito en el de 1284. Constándonos asimismo por la visita eclesiástica de los ordinarios de Tarragona, que sus reliquias se tienen en grande veneracion en la parroquia de la Guardia de los Prados, del mismo arzobispado, donde el Señor ha continuado obrando varios prodigios por la intercesion de su fidelísimo siervo.

SANTO TORIBIO MOGROBEJO, OBISPO.

EN todo el orbe cristiano fué maravillosa la fecundidad con que en el siglo xvi produjeron varones consumados en todo género de virtudes y de letras. Pero en donde mas brilló fué en el católico reino de España, el cual en solo aquel siglo tuvo hombres capaces de hacer la gloria de muchas naciones. Entre los que mas sobresalieron en santidad, en sabiduría, y en el cumplimiento de las grandes cargas episcopales, fué uno santo Toribio Alfonso Mogrobejo, natural de Mayorga, en el obispado de Leon. Sus padres, ilustres por su gloriosa ascendencia, y mucho mas distinguidos por la piedad de sus costumbres, fueron D. Luis Alonso Mogrobejo, regidor perpetuo de Mayorga, y D.^a Ana Robles y Moran, natural de Villaquijada. Ignórase el dia de su nacimiento, el cual sucedió en el año de 1538, el mismo en que, no léjos de Milan, nació S. Carlos Borromeo, semejante á nuestro Santo en la inculpable conducta de su vida, en el zelo fervoroso por la restauracion de la disciplina eclesiástica, en el cuidado de sus ovejas, y en todas las obligaciones de un gran sacerdote. Criaronle sus padres con una educacion propia de la alteza de su linaje. El niño Toribio, que habia recib-



S^{to}. TORIBIO MOGROVEJO O.

do del cielo una indole dócil á todos los preceptos de la moral cristiana, daba desde aquella tierna edad los mas claros indicios de los tesoros que en él se depositaban para beneficio de la Iglesia. Los juegos y entretenimientos de su edad eran aquellos solamente que manifestaban apego á las cosas sagradas; no aquellos que son indicio de que hemos recibido de nuestros padres una naturaleza corrompida con el pecado del primer hombre. Hacer altares, colocar en ellos las santas imágenes de Jesus y de Maria, ponerse de rodillas delante de ellas, encender antorchas, ordenar procesiones, y otros ejercicios semejantes, eran las ocupaciones ordinarias del santo niño. Así pasó su infancia hasta la edad robusta, en que los jóvenes van comenzando á estar aptos para emprender las ciencias. Cuidaron sus padres de que le instruyesen en los rudimentos de la latinidad; y habiéndolo conseguido, á la edad de trece años le enviaron á Valladolid, para que en aquellas florecientes escuelas se ilustrase su alma con los conocimientos de la sabiduría. Desde el punto que entró Toribio en las aulas, comenzó á ser ejemplo de virtud y aplicacion para los demás estudiantes, cuya atencion arrebataron dulcemente la blandura de sus modales, y la rectitud de sus operaciones.

Apenas sabia, despues de algunos años de residencia en Valladolid, otras calles ni otros caminos que el que llevaba desde su casa á la iglesia, ó desde su casa á la universidad. Sus condiscípulos admiraban en el santo jóven un conjunto de prendas celestiales, que les obligaba á amarle sin interés, y á respetarle sin servidumbre. Advertian en él una virtud rigurosa y austera consigo mismo, pero dulce, amigable y condescendiente para los demás; una virtud con que cumplia exactamente todas sus obligaciones, y movia á hacer otro tanto á sus condiscípulos; á veces con amonestaciones dulcísimas, y siempre con el poderoso medio del buen ejemplo. En breve creció su fama; y no solamente era tenido por erudito en las bellas ciencias, sabio en las artes liberales, y por docto en el derecho civil y eclesiástico, sino que además era venerado por un jóven maduro, prudente y de conducta irreprochable. Luego que recibió el grado de bachiller, juzgaron sus padres que Valladolid era pequeño teatro para que pudiese lucir su ingenio; y así procuraron enviarle á Salamanca, que era á la sazón el emporio de las ciencias. Florecian en ella muchos sabios, y entre ellos un tío de Toribio, llamado Juan Mogrobejo, que era colegial en el colegio mayor del Salvador, llamado por otro nombre de Oviedo.

En este tiempo, habiendo proyectado D. Juan III, rey de Portugal, hacer célebre la universidad de Coimbra, llevando

allá á cualquier precio los maestros mas grandes de Europa, pasó Toribio á esta universidad en compañía de su tío, que fué uno de los sabios elegidos, y que mas la ilustraron en sus principios. En esta ciudad se aumentó prodigiosamente el mérito de Toribio, tanto en la santidad como en la literatura. Veia su tío en él un jóven ardientemente dedicado á los ejercicios de piedad, sin olvidar por eso el estudio de las letras. Sucedianse mutuamente los ayunos, la oracion y la disciplina, y la asistencia á la universidad, las lecciones llenas de sabiduría, y los argumentos sólidos é ingeniosos. Toda Coimbra se gloriaba enriquecida con varones como Juan y Toribio Mogrobejos, que brillaban entre los demás doctores como el sol entre las demás estrellas. Diez años residieron en aquella ciudad, hasta que habiendo vacado la cátedra de derecho civil, y la canongia doctoral de la santa iglesia de Salamanca, solicitó esta ciudad recuperar lo que habia perdido; y así se proveyó uno y otro en D. Juan de Mogrobejo, que con este motivo dejó á Coimbra, y volvió á Salamanca en compañía de su sobrino.

Un año habria pasado cuando Toribio padeció el golpe irreparable de la pérdida de su tío, á quien llamó Dios á mejor vida. Perdió en esta ocasion, no solamente un maestro, con cuyas lecciones crecia su sabiduría, sino un compañero en sus costumbres, y un amigo en el trato familiar. Pero su alma, acostumbrada á meditar las verdades sobrenaturales, y á venerar sumisamente las admirables disposiciones de la divina Providencia, conoció que su tío habia sido llamado á gozar del premio que sus obras merecian, y enjugó las lágrimas de sus ojos con una santa resignacion en la voluntad de Dios. Viéndose Toribio sin la amable compañía de su tío, determinó hacerse colegial en el mismo colegio; y habiendo vendido la rica biblioteca que le habia dejado para socorrer y establecer á dos hermanas, recibió la beca teniendo treinta y tres años de edad. En este estado manifestó que el colegio era para él un riguroso monasterio. Se informó de los estatutos para no faltar á la observancia de ninguno; y se prefijó tal método de vida, que mas parecia un rígido anacoreta, que un profesor de Salamanca, y un colegial mayor. Dormia poco; su comida y bebida eran parcas y ordinarias; interiormente vestia un silicio, ya que en lo exterior no le era licito abandonar el vestido comun de colegial; ayunaba con frecuencia, meditaba con continuacion, frecuentaba los sacramentos; y en todas sus operaciones se manifestaba irreprochable. Pero en lo que mas sobresalia su fervor, era en la maceracion del cuerpo, al cual afligia con tan copiosas disciplinas de sangre, que llegaron á temer

que perudiese enteramente la salud. Pensaron, pues, los colegiales que se le debía ir á la mano, y así buscaron medio de corregir aquel esceso de piedad. Tenia en el colegio un grande amigo suyo que conformaba enteramente con su genio y sus costumbres, llamado D. Francisco de Contreras. A éste dieron la comision de hablar á Toribio, advirtiéndole que debía moderar el rigor de sus penitencias. Ya habia pensado lo mismo Contreras; pero no se habia atrevido á decirle cosa alguna, ya porque conocia la severidad de Toribio, y cuan poco acogimiento hallarian en él las propuestas de condescendencia, y ya porque no encontraba razon tan poderosa para persuadirselo, que le diese esperanza de lograr su intento.

Pero apenas se vió encargado de esta comision por todo el colegio, cuando Dios le ilustró el entendimiento, y le sugirió un camino tan fácil, que le condujo seguramente al fin deseado. Propuso á Toribio, entre otras razones, que en aquel rigor que habia entablado estaba tan léjos de agradar á Dios, que antes bien por el contrario era de temer no le desagradase; que la virtud consistia en un medio, y que todo esceso era reprehensible; que los demás colegiales hablaban mucho de sus penitencias, calificándolas de ostentosas, y practicadas tal vez con un espíritu mas próximo á la singularidad y á la vanagloria, que á la humildad y abatimiento cristiano; finalmente, que él era de parecer que aquellas penitencias escesivas podrian destruir su salud, é inutilizar su persona sin edificar á sus prójimos, sino antes bien escandalizándolos. El discurso de Contreras hizo tanto efecto en el santo jóven, que inmediatamente templó sus penitencias, pero sin mitigar el rigor de los demás ejercicios. Esta conducta de vida le granjeó un concepto tan alto, que así en el colegio como fuera de él era respetable su virtud. Pero no contento con los fervorosos y penosos ejercicios que hacia en el colegio, deseó otro todavia mas penoso y mas arriesgado. Este era la peregrinacion á Santiago, para ganar las inmensas indulgencias que han concedido los sumos pontífices á los que van á visitar al santo Apóstol, y asimismo para experimentar las forzosas penalidades de un camino largo y mal provisto. Solo le faltaba un buen compañero para verificar sus deseos; pero le halló en Contreras, quien se acomodó fácilmente á todos los proyectos de su piedad fervorosa. Habiendo tomado, pues, el hábito de peregrino, salió con su compañero á pié, descalzo, y pidiendo limosna de puerta en puerta, lo que bastaba para ejercitar las virtudes de la pobreza y de la humildad; puesto que por lo demás llevaban dinero suficiente para no ser gravosos á sus hermanos.

En esta expedicion le sucedió, que entrando en una casa se encontraron una negra, la cual juzgándolos pobres de solemnidad por el vestido, echó mano á la faltriquera y les dió un ochavo de limosna. Toribio le recibió con gusto para no privar á la negra del que habia tenido en ejercitar la limosna; pero considerando que ella tenia mas necesidad de aquel dinero, se lo volvió, conservando por toda su vida tan agradecida memoria á aquella mujer, que el mismo Santo confesaba que en todas sus oraciones hasta el fin de su vida era el primer objeto que se le venia á la intencion.

Concluida su peregrinacion felizmente, volvió al colegio menos mortificado su cuerpo; pero mas enriquecida su alma con el tesoro de la divina gracia. Volvió nuevamente á sus antiguos ejercicios sin cuidarse ni de los honores, ni de las dignidades, ni de su propia fama, que tan ancho camino le abria para ellas. Pero cuando los ojos de un rey sabio velan sobre sus súbditos para ver el mérito sólido de la virtud, es muy dificultoso que puedan ocultarla ni los santos artificios de la humildad, ni los esmeros con que sabe esconderle el desprecio de sí mismo y del mundo. Bien deseudado estaba Toribio una noche en su colegio, cuando llamando á deshora le trajeron los despachos en que el rey le nombraba inquisidor de Granada. Los colegiales recibieron con suma complacencia y aplauso esta noticia, considerando que en la virtud de Toribio era este empleo un medio proporcionado para dar al colegio el honor de un varon consumado en todo género de virtud. En el alma del Santo hizo diferente sensacion el nuevo empleo, como que le consideraba no como un honor, sino como una pesada carga, que al tiempo que multiplicaba sus obligaciones, añadía peligros á su conciencia. Pero conociendo que era voluntad de Dios, aceptó aquel honor, y tomó posesion en el año de 1575. Constituido Toribio en el delicado empleo de inquisidor, se propuso un camino templado de justicia y de misericordia por donde dirigir sus pasos. Aborrecia los delitos; pero no á los delincuentes, á quienes siempre amaba como á prójimos. Conocia la debilidad de las luces del humano entendimiento: sabia con cuanta facilidad suele estraviarse la razon humana cuando no se propone mas guia que la vana filosofía. Estas consideraciones le hacian mirar con la compasion de un padre amoroso á los infelices que habian caido en algun desliz siempre que le detestasen con un verdadero arrepentimiento. Por el contrario, á los rebeldes, á los endurecidos, á los contumaces en sus errores, les aplicaba toda la severidad de la justicia, sin perder por esto de vista el fruto de su correccion y el escarmiento de los que lo

veían. Fué tal la rectitud é integridad con que Toribio se portó en el empleo de inquisidor, que habiendo sido necesario, por causas gravísimas, examinar de órden superior la conducta de aquel tribunal, de cuyo exámen resultaron desterrados y privados algunos inquisidores, Toribio, no solamente fué hallado inocente é irrepreensible, sino que mereció alabanzas por su conducta.

Cuatro años obtuvo la plaza de inquisidor, en cuyo tiempo, habiendo vacado el arzobispado de Lima, por muerte de D. Diego Gomez Madrid, fué electo para ocupar esta silla. Turbó á Toribio la repentina nueva, tanto mas dolorosa para él, cuanto menos esperada. Pero Felipe II, que tenia en el primer lugar de un libro secreto, en que estaban escritos todos los hombres sabios y virtuosos de España, á Toribio, sin que éste lo pretendiese, tuvo presente su mérito para premiarle. Todos los artificios de la ambicion son inútiles cuando un monarca de talento y de prudencia se empeña en cumplir con sus delicadas obligaciones. Entonces quedan desarmados la intriga y el manejo; y los resplandores que despiden de sí el mérito y la virtud, no pueden ocultarse, por mas que procuren esconderlos la humildad y la modestia. Vióse esto en nuestro Santo, pues cuando pensaba que nadie en la corte se acordaba de él, se halló nombrado para un arzobispado tan respetable como el de Lima. A un corazon ambicioso le hubiera producido esta dignidad mucha satisfaccion y alegría; pero en el de Toribio causó tal melancolía y turbacion, que solo pudo tranquilizarse despues de haber escrito al consejo de las Indias y al rey su renuncia, concebida en los términos mas activos y eficaces, á su parecer, para que el rey se la admitiese. Representábale que era todavia muy jóven: que carecia de las prendas necesarias á un buen obispo: que no estaba ordenado mas que de prima tonsura; en una palabra, que era absolutamente inepto para la alta dignidad que le habia conferido. El rey, que tenia la virtuosa sagacidad inseparable de la prudencia, conoció inmediatamente cuan acertada habia sido su eleccion. Las excusas de Toribio fueron otros tantos incentivos que le confirmaron en el juicio que habia hecho de la aptitud del Santo para obispo. Escribióle, pues, mandándole que aceptase la dignidad; y que á lo mas, se convenia en que lo meditase por espacio de tres meses antes de admitir su dejacion. En este tiempo los parientes de Toribio, sus concólegas y sus amigos, le combatieron fuertemente, proponiéndole muchas razones, que no lograban otro efecto que confirmar en su corazon la renuncia del obispado. Viéndole impenetrable ciertos amigos suyos,

que conocian su carácter y su virtud, pensaron oportunamente un medio, el cual seria al Santo irresistible. Propusieronle que el obispado de Lima, en el estado en que se hallaba, no era un cargo de honor y de interés, sino de penalidades y de inmenso trabajo: que habia infinitas ovejas, que jamás habian oido la voz de su pastor; y en una palabra, que el no aceptar aquel cargo, era lo mismo que preferir su propia conveniencia al trabajo de conquistar almas para Dios. Estas razones pudieron tanto con Toribio, que aceptó el obispado, porque no sabia negarse á cosa alguna de donde resultase su propia mortificacion, el honor de Dios y provecho de sus prójimos. Pero antes exploró la voluntad de Dios con muchos ejercicios espirituales, y fervorosa contemplacion, que es el medio de hallar favorable al Padre de las luces. Mientras venian las bulas de Roma pasó á Madrid á recibir las instrucciones del rey; y de allí á Mayorga á ver á su madre, que aun vivia, á sus hermanos y parientes, y decirles, A Dios para siempre. Hecho esto, y consagrado obispo en Sevilla, trató de pasar cuanto antes á su iglesia; y así salió del puerto el año de 1580. La navegacion fué feliz, pues llegó al puertó llamado Nombre de Dios, sin haber padecido novedad importante que pusiese su vida en peligro. No sucedió así en el camino que hay hasta Panamá; pues debiendo pasarse lugares muy fragosos, profundos pantanos, y caudalosos rios, en uno de éstos muy rápido y caudaloso todos consintieron en que habia perdido la vida. Abundan por lo comun aquellos rios de ferocísimos caimanes, animales sumamente carnívoros, que luego que perciben que va andando por el rio cualquier animal, se tiran á él con ferocidad, le despedazan y le devoran. Camínase regularmente en mulos ó machos de la tierra, los cuales, acostumbrados á la aspereza y fragosidad de los caminos, recompensan con la seguridad la molestia de la pesadez con que caminan. Vadeaba el Santo un rio, y al llegar á la mitad se advirtieron venir hácia él dos grandes caimanes, de cuya ferocidad, estremecido el mulo, hizo tales contorsiones, viendo tan cercana su muerte, que echó de sí al arzobispo, el cual cayó en el agua embarazado en sus propias vestiduras. Los caimanes, luego que vieron la presa segura, se aceleraron á devorar al santo arzobispo. Nadie dudó de su muerte, ni de que su vida no podia prolongarse mas que lo que tardase en llegar cualquiera de los caimanes, y atravesarle con sus espantosos colmillos. El Santo advirtió el grande peligro en que se hallaba, por una parte de ahogarse viéndose en medio de un rio sin saber el arte de nadar, ni poderle practicar aunque le supiera; y por otra parte

viendo venir con las bocas abiertas á despedazarle dos bestias tan enormes. Levantó su corazón á Dios, imploró su misericordia, y al punto advirtió dos contrarios efectos. Los caimanes quedaron inmóviles como si fueran dos rocas; y el cuerpo del Santo tan ligero, que como si fuera de corcho fué nadando sin industria y sin trabajo hasta llegar á la orilla. Dió gracias á Dios por el beneficio recibido: hicieron lo mismo todos los que le acompañaban, firmemente persuadidos á que el suceso habia sido verdaderamente milagroso.

Seguió su viaje, hasta que el día 24 de mayo del año de 1581 llegó felizmente á Lima, en donde le hicieron un recibimiento ostentoso. Salióle al encuentro toda la nobleza de la ciudad, y todo el estado eclesiástico, manifestando en sus semblantes un sencillo gozo, que rebosaban sus corazones. Las calles por donde habia de pasar estaban adornadas con todo el lujo de la riqueza y todo el primor del buen gusto. Los balcones y las ventanas, las plazas y las calles todo estaba lleno de gente, que al son de acordadas músicas prorumpían en vivas festivos. Toribio recibió estos aplausos y honores con un corazón lleno de gratitud, y con un alma convencida de las acibaradas consecuencias que se siguen á estas pasajeras honras. Uno y otros se manifestó en su majestuoso semblante, que pareció aquel día mas bien de un ángel que de un hombre mortal y perecedero. Todos sus súbditos quedaron contentos con la vista de su nuevo prelado: todos concibieron de él unas ventajosas esperanzas, y todos confirmaron con su vista el alto concepto que de sus virtudes les habia anticipado la fama. Tranquilizadas las cosas, comenzó Toribio á echar los fundamentos de las grandes obras que pensaba edificar. Mandó que le hiciesen un plan exacto de toda su diócesis, en donde se viese claramente su estado actual, el número de los súbditos, la cantidad y cualidad de los réditos, las rentas de las iglesias, sus utensilios y alhajas; de manera que á una simple vista conociese las necesidades que padecían sus ovejas, y los medios de que se podía valer para remediarlas. Y conociendo que son inútiles todos los esfuerzos de cualquier prelado para reformar y arreglar á sus súbditos cuando da entrada en su casa á la relajación y al mal ejemplo, cuidó ante todas cosas de arreglar su familia, no permitiendo en ella sino sugetos de probadas costumbres. Así parecia su casa un convento de religiosos fervorosos y contemplativos, mas bien que un palacio de un poderoso príncipe abastecido de grandes rentas y fortuna. Habiendo puesto en orden las cosas de su casa de manera que nadie le pudiese reprender, trató de comenzar una general reforma por to-

das las clases y en todas las materias. Registró por sí mismo los sagrarios y los ornamentos de las iglesias, dando á las que eran pobres las alhajas necesarias para que celebrasen con decencia los divinos oficios. Averiguó con qué pompa y solemnidad se hacían éstos en todas las iglesias de su obispado; pero principalmente le llevaron su atención las casas de misericordia, los hospitales, y la instrucción de los indios que habitaban en los parajes mas remotos.

Para conseguir todos estos efectos tan importantes á la recta administración del oficio pastoral, no omitió medio alguno de cuantos juzgó oportunos. Procuraba que obtuviesen los oficios de curas párrocos, confesores y predicadores sugetos idóneos, no solamente por la integridad de sus costumbres, sino tambien por la suficiencia de su sabiduría y de sus luces. A éstos los exhortaba, los pedía, y aun los forzaba á que no desistiesen de reparar continuamente el pan de la doctrina, como quien estaba bien enterado de que en los vastos países de la América habia muchas almas perdidas, y muchos campos estériles por falta de obreros evangélicos. Para proporcionar á sus ovejas este espiritual alimento, erigió de nuevo muchas iglesias, en las cuales hacia celebrar diariamente los divinos oficios con todo el aparato de ceremonias que tanto escita la piedad de los fieles. Proveíalas además de lámparas, campanas, ornamentos, y de un predicador que esplicase con frecuencia la doctrina cristiana. En cualquier pueblo que el Santo se hallaba, por pequeño que fuese, no se desdeñaba de predicar por sí mismo, ó de autorizar con su presencia la esplicación de la doctrina que hacia cualquiera sacerdote. En las obligaciones de su cargo episcopal se empleaba de manera, que no le privaba de asistir á los oficios públicos de la catedral en compañía de los canónigos. Veíasele con tanta frecuencia en las horas canónicas, en las oraciones públicas, en el púlpito, en el confesonario, y en la administración de sacramentos, privativa de su dignidad, que parecia no tener que hacer otra cosa. Estos ejercicios no le impedían la oración, los ejercicios de penitencia y el rezo continuo, en que era tan exacto, que mientras rezaba ni al mismo virey admitía á visita. Estableció un tenor de vida tan riguroso y constante, que parecia superior á las fuerzas humanas; y mas propio para acabar con la vida, que para emplearla en obsequio de Dios, y en el provecho de su iglesia. Levantábase el primero de su casa, y antes de romper la aurora; é inmediatamente se ponía en oración hasta que era hora de decir misa. Decíala con gran devoción y ternura, y despues se entregaba á oír las causas de sus súbditos, á com-

poner entre ellos las discordias, á socorrer á los necesitados, á consolar á los afligidos, y á señalar alimentos á las viudas y huérfanos; y si algun tiempo le sobraba, le consumia en la oracion, ó en el coro. Comia parcamente, y se recogia á un aposento, en donde pedia á Dios luces para administrar dignamente el oficio de pastor. Toda la tarde la consumia en oír las representaciones de sus ovejas, y dar las providencias oportunas para su consuelo y beneficio. En esto tenia todo su desahogo, todo su recreo y toda su diversion. A las oraciones se retiraba á su casa, y consumia dos horas en el oratorio en profunda meditacion. Seguía á esto el decir con los eclesiásticos, sus familiares, el oficio divino; y dicho, pasaba á cenar pan y agua, que fué la cena toda su vida. Retirábase despues de la cena á un aposento secreto, en donde rezaba el oficio de difuntos, el de nuestra Señora, y su santo rosario. A eso de media noche se recogia á descansar; pero su sueño era tan breve y ligero, que continuamente le interrumpia pronunciando versos de salmos, ú otras oraciones jaculatorias. Su casa estaba abierta para todos, y á todas horas encontraban los necesitados misericordia, y los ofendidos justicia. Sus ojos se fijaban inmediatamente en el mas pobre y andrajoso que le buscaba; y su justicia recta jamás se dejó doblar, ni de la opulencia, ni de la riqueza, ni del poder. Si la justicia le obligaba á ejercitar la severidad, era tal la humanidad y dulzura con que aplicaba la sentencia, que los mismos castigados se veian en la precision de reconocer en él, mas bien que á un juez, á un padre amoroso. Puso gran cuidado en que reinase el desinterés en sus tribunales; para este efecto dotó con generosidad á los escribanos, notarios y demás ministros, castigando severamente al que se dejaba corromper de los humanos intereses.

Puesto este orden y arreglo en su casa, en sus familiares, en sus tribunales, en sí mismo y en sus súbditos, trató de ordenar y reformar la disciplina de aquella iglesia, que con los tiempos turbulentos se habia notablemente relajado. Para este efecto convocó á un concilio provincial citando á todos los obispos sufragáneos; y entre tanto emprendió la visita de su obispado con ánimo de volverse á Lima luego que hubiesen llegado allí los vocales, como lo hizo. Desde la fundacion de aquella silla no habia habido mas que dos concilios con el nombre de congregaciones, uno en el año de 1552, y otro en el de 1567; pero habiéndole faltado al primero la forma legítima de concilio, y al segundo la confirmacion del sumo pontífice, habian quedado sin efecto los decretos y determinaciones de uno y otro. En el año

de 1582, siendo virey de aquellas provincias D. Martin Enriquez, se juntaron los obispos sufragáneos de Lima; y habiendo celebrado cinco sesiones, se concluyó felizmente. En él se hicieron muchos decretos y constituciones santísimas, que fueron aprobadas por la Silla apostólica, y mandadas ejecutar por el real consejo de las Indias. Fué tanta la utilidad de sus cánones, la prudencia y sabiduria con que fueron establecidos, que se juzgó oportuno estender su observancia á otros tres arzobispados, y diez y siete obispados, como si fuesen de un concilio nacional, y en todos ellos se observan hasta el dia de hoy con tan conocido provecho, que manifiesta bien el sublime espíritu con que fueron dirigidas todas las acciones. En este concilio tuvo Toribio algunas amarguras que sufrir; porque habiendo juzgado oportuno comenzar la reforma por los mismos obispos y demás eclesiásticos, se resintió agriamente la avaricia de algunos de ellos, protegida con el favor de muchos poderosos. Pero habiendo conocido el papa y el rey el santo zelo de Toribio, y la justicia de sus determinaciones, mandaron unánimemente que todos las obedeciesen, de lo cual le resultó al santo arzobispo mucho mayor amor y respeto que el grande con que hasta entonces habia sido mirado. Otros dos concilios hizo celebrar en su tiempo; pero sus actas se redujeron únicamente á la observancia de los decretos del primero.

Luego que el santo prelado estuvo cierto de que su concilio habia sido aprobado por la Silla apostólica, y mandado ejecutar por el rey, se aplicó á hacer que se observasen con todo rigor sus determinaciones. Una de las mas principales era el establecimiento de seminarios conciliares, en donde se criase con santas instrucciones la juventud, para entresacar de ella ministros aptos, que sirviesen á la Iglesia con la integridad de sus costumbres y con las luces de su sabiduria. En el año de 1581, habiendo juntado antes los caudales necesarios, comenzó la fábrica del primero en la ciudad metropolitana de Lima. Una obra tan santa y provechosa padeció inmediatamente las contradicciones y adversidades que suelen padecer las de su clase. Con pretexto del real patronato quiso el virey hacer privativamente suya la eleccion de seminarista, quitando al arzobispo la accion, juntando á esto otras pretensiones, que apoyadas en el poder y la fuerza, dieron mucho en que ejercitarse la paciencia del santo arzobispo. Pero este digno prelado, así como tenia una alma grande para emprender obras heróicas, así tambien tenia una fortaleza invencible para no decaer de ánimo en las persecuciones, y para defender á todo riesgo los derechos de la Iglesia. Llegó á noti-

cia del rey la desavenencia entre su virey y el arzobispo: reconoció por sí mismo las razones de uno y otro, y persuadido á que los derechos del sacerdocio no era justo que se confundiesen con los del imperio, falló á favor de las justas pretensiones de Sto. Toribio. A esta contradiccion se siguieron otras muchas sobre diversos puntos que interesaban á la inmunidad eclesiástica. Pero como Toribio habia fijado su alma sobre el firme fundamento de una virtud sólida, y no eran sus propios intereses el móvil de sus acciones, sino la honra y gloria de Dios, este Señor le llenó de una admirable paciencia para sufrir todas las adversidades, y de una fortaleza superior á todas las contradicciones. Pacificadas éstas, se dedicó con todo ardor á cumplir las funciones de su ministerio. Edificó monasterios á las esposas de Jesucristo: destinó lugares de piedad para las doncellas, cuyo honor peligraba: dispuso hospitales y hospicios para la manutencion de los huérfanos y curacion de los enfermos. Las rentas de su obispado, que eran cuantiosísimas, no tenían otro destino que el seno de los pobres, en donde sabia que no se las habia de robar el ladrón, sino que antes bien las habia de hallar multiplicadas. Un trabajo incesante, y un cuidado continuo sobre su propia santificacion y la de sus prójimos, eran dos ejes sobre que rodaba toda la vida de este santísimo prelado.

Desde el punto que tomó sobre sus hombros tan penosa carga, se propuso conocer á todas sus ovejas una por una, si fuese posible. A este fin emprendió tres veces la visita de su obispado, haciendo las dos completas, y dejando la tercera comenzada por haberle faltado la vida. Caminaba inmensos espacios cubiertos por todas partes de selvas espesas, de pantanos peligrosos, y horrorosos precipicios. Nada arredraba la encendida caridad de este santo prelado, ni los montes intrincados, ni las montañas inaccesibles, ni la fiereza y barbarie de las gentes. Superior á todo buscaba sus ovejas en las quebradas y grutas, en donde vivian á manera de fieras: allí las enseñaba, allí las agasajaba, y daba por bien empleados los repetidos peligros de la vida que habia padecido, por tener el consuelo de haber visto sus ovejas, y haberlas encaminado por sí mismo á la grey de su verdadero pastor, que es Jesucristo. Ya habia consumido este admirable varon cerca de setenta años en una vida irrepreensible, y era justo que el eterno Remunerador le llamase á darle el premio debido á sus merecimientos. Pero así como al buen capitán debe cogerle la muerte con la espada en la mano, así tambien al buen obispo debe faltarle la vida mientras la está empleando en beneficio de sus ovejas. Habia salido de Lima Sto. Toribio haciendo la ter-

cera visita de su obispado. Llegó cerca de Saña estando ya próxima la semana santa, cuyas augustas ceremonias queria celebrar allí por sí mismo. Persuadiéronle que pasase á Trujillo, por cuanto el primero era un lugar poco sano por causa de los calores escesivos. El Santo despreció este peligro, que le pareció remoto; y dirigiéndose á Saña, antes de entrar en el pueblo se sintió con calentura. Agravándose la enfermedad, le mandaron los médicos comer carne; pero como era semana santa lo rehusó cuanto pudo, hasta que se lo mandaron en conciencia. Viendo los médicos que era su muerte inevitable, ordenaron que se le diese esta noticia para que hiciese sus disposiciones, lo cual ejecutó un capellan suyo. Lejos de entristecerse con la nueva, exclamó con aquellas palabras del salmo: *Regocijado me he con las cosas que me han sido dichas: irémos á la casa del Señor*; y al que le dió la noticia mandó que le diesen las albricias, que muy de antemano tenia prometidas al que le anunciase la muerte. Dispúsose á ésta, mandando hacer una justa reparticion de todo cuanto tenia, sin escluir el utensilio mas despreciable, entre los pobres de todas clases, á quienes llamaba sus acreedores. Confesóse con grande compuncion y lágrimas; y diciendo que era indigno de que el Señor le visitase en su casa, hizo que le llevasen á la iglesia en una camilla, y allí recibió el Viático con tal devocion, que todos quedaron enternecidos. Vuelto á su casa recibió la Estremauncion, exhalando ardientes suspiros entre frecuentes actos de contricion. Repetia muchas veces aquellas palabras de S. Pablo: *Deseo ser desatado y estar con Cristo*, consolando incesantemente á sus familiares, que lloraban su muerte con amargura. Dia de jueves santo á la misma hora que solia lavar los pies á los pobres, pidió al prior de S. Agustin que le cantase el salmo: *In te, Domine, speravi*; y al llegar aquellas palabras: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, exhaló su alma bienaventurada con aquella dulce tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso tránsito en el año de 1606, á los sesenta y ocho de su edad, y veinte y cinco de obispado. Su cuerpo quedó tratable y hermoso, y fué enterrado en la iglesia catedral con una pompa, concurso y aclamaciones admirables. El Señor manifestó bien pronto la santidad de su siervo por medio de infinitas maravillas; y habiéndose hecho las diligencias necesarias para la justificacion de sus virtudes en grado heroico, y de los milagros con que testificó Dios su santidad, fué beatificado por el papa Inocencio XI, y Benedicto XIII le canonizó después en el año del Señor de 1726.